

«Debemos luchar contra todo y contra todos, porque somos los mejores y representamos lo que representamos».

(Narciso de Carreras)

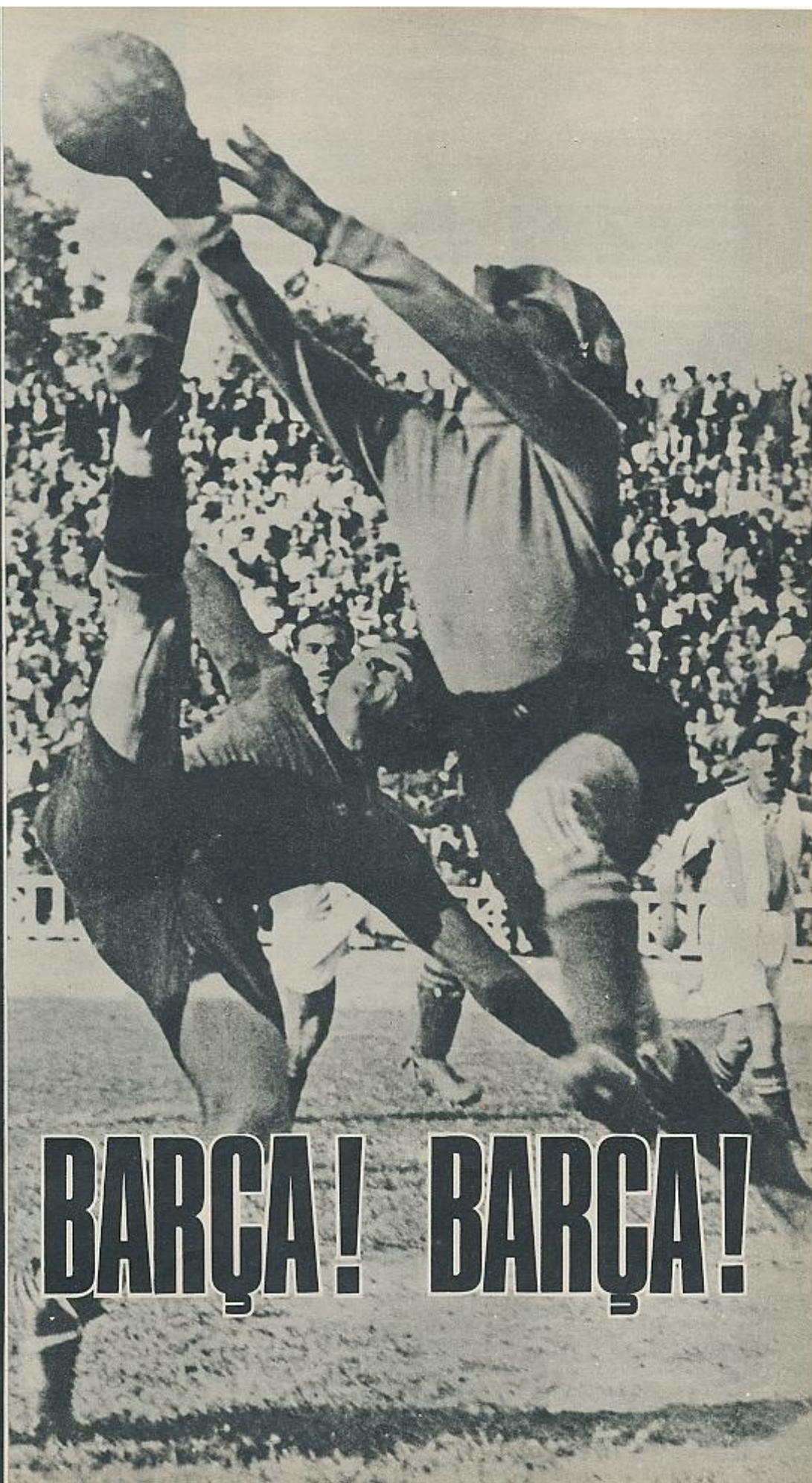
ES un rumor inicial que culmina en estrépito. Las gentes salen a los balcones a presenciar el espectáculo de cincuenta, setenta, noventa mil personas que inundan todas las calles y avenidas que llevan al Nou Camp. Primero han ido llegando de uno en uno, de cinco en cinco. Ahora es un olear de cabezas agitadas por la prisa de los pies. La gente de los balcones mantiene una sutil sonrisa en los labios: tal vez se burlen de los que van al fútbol, tal vez los envidien. De momento, la sonrisa les sirve para mantener una máscara de espectadores en su palco de renta limitada, una máscara llena de civilización, de inviolabilidad de territorio soleado y digestivo, el territorio de una hogareña tarde de domingo.

En la calle, los coches encallados por las gentes y las gentes encalladas por los coches, componen una fotografía. Sus movimientos se han detenido y en sus rostros puede leerse qué esperan de esta propicia tarde de fútbol. El anciano que asiste cada domingo para confirmarse a sí mismo que nadie ha conseguido superar a Piera, Sancho o Samitier; la señora casada que lamenta el corte de patillas de Fusté; la joven emancipada que tiene incluso una teo-

**MAS ALLA
DEL FUTBOL**

BARÇA!

Por MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN



BARÇA! BARÇA!

ría freudiana-heideggeriana sobre el estar-en-el-campo de Gallego; el oficinista con cuatro años de Bachillerato que acude al campo para dar una lección crítica a los espectadores de las cercanías; el niño que utiliza la camiseta azulgrana como atuendo para estar por casa y tiene en su habitación un «poster» del equipo (ese «poster» que siempre se deja a uno u a otro de los preferidos, ese injusto «poster» que traicionó la circunstancial lesión de Fulanito); al acuartado hombre que acude al campo para reñir a los jugadores y compensar lo reacios que son a las broncas sus propios hijos... Tópico, podrá decirse. Tipología espectadora de esta clase se ve en todos los campos de fútbol de España. Pero aguarden. No sean impacientes. En los ojales de muchas de estas personas que avanzan hacia el Nou Camp hay un escudo con cuatro barras rojas sobre fondo amarillo. ¿A que esto no lo han visto en otros campos de España? Incluso algunos niños agitan banderitas triangulares con idénticos colores. Las gentes hablan mayoritariamente el catalán, en una ciudad en que, según últimas y cultas estadísticas, hay un 40 por ciento de castellano-parlantes. Aunque ese 40 por ciento sea engañoso, porque precisamente ahí, junto al quiosco, entre el grupo que espera la señal del urbano para cruzar, surgen extrañas voces de lengua no menos extraña:

Ecorta tú, abui chuga el Fucté.

Es la versión «xarnega» de: «Escolta tú. Avui juga el Fusté» («Oye tú, hoy juega Fusté»). También este público sería insólito en cualquier otro campo de España. Como serían insólitos esos coches que pugnan por pasar entre el alud de cuerpos humanos impenetrables y que, en el cristal trasero, sostienen el reclamo: **Parleu català** (Hablad catalán). En muchos de estos coches tiembla lentamente (la marcha es lenta) la bandera del Barça y la de Cataluña. Pregunten al público. Casi todos sabrán contestar que Wifredo el Velloso, en fin (dejémoslos de bromas vertebrales) Guifré el Pilós fue quien diseñó esta bandera. Aquel herolco grafismo, tan distante de los que disfrazan Tuset Street, se hizo a base de cuatro dedos entintados en la sangre del Pilós y después pasados, con empaque histórico, sobre la pulimentada cara de un escudo. Les sorprendería la capacidad de recuerdo de estas gentes, que comentan que Pujol no es extremo, que Reixach no es extremo, que no tenemos extremos, que Zabalza no es medio

defensivo, que Ramoní está por entrenar, que no tenemos medio defensivo. Todos los públicos normales y corrientes utilizan a su equipo como un medium en el juego espiritista de trabar relación con la victoria o la derrota. Es un juego sado-masquista que está en la entraña misma de toda competición, en la que hay un vencedor o un vencido. Y este deporte-espectáculo exige vencedores o vencidos. La prueba es que ante el recurso coexistente del empate se inventaron los puntos positivos, para que siempre hubiera un vencedor moral. El equipo del Club de Fútbol Barcelona, del Barça, también actúa como medium. Pero me atrevería a decir que, después del contacto espiritista con la victoria o la derrota, queda un ulterior contacto, tan sutil que permanece al nivel de presentimiento; pero sin duda evidente para cualquiera que haya estado en Cataluña no sólo de paso. El medium establece contacto nada más y nada menos que con la propia historia del pueblo catalán. Creo que el temple moral de este espectador incondicional del Barça, y aunque él no lo sepa e incluso Espriu ni siquiera se lo haya planteado, es calcado al del hombre del poema de Espriu, **Assaig de Cantic en el temple**. El hombre empieza a decir que está cansado de su tierra, que le gustaría alejarse hacia el Norte, donde dicen que la gente es limpia, noble, culta, rica, libre, despierta, feliz. Pero si así hiciera, su pueblo le diría: «Como el pájaro que deja el nido, así es el hombre que marcha de su lugar». El hombre nunca se irá, nunca traicionará el pacto entrañable:

**Mas no he de seguir jamás mi
[sueño
y aquí me quedaré hasta la
[muerte.
Pues yo también soy cobarde y
y amo además, [salvaje
con un desesperado dolor,
esta mi pobre,
sucía, triste, desgraciada patria.**

Este espectador catalán está muy castigado por la historia. En la supervivencia del Barça se ha consumado uno de los escasos salvamentos del naufragio. Es el Barça la única institución legal que une al hombre de la calle con la Cataluña que pudo haber sido y no fue. Y con ese medium mantiene una relación ambivalente de amor y rechazo, de fanatismo y crítica despiadada, aunque una y otra vez vuelva, domingo tras domingo, al Nou Camp:



Escold: Una imagen del catalán medio.



Gallego: El héroe de la última temporada.



Basora: Un héroe de antaño.

**Mas no he de seguir jamás mi
[sueño
y aquí me quedaré hasta la
[muerte...**

Dice el cantor de Espriu, e igual podría decir el socio barcelonista, porque también él ama, precisamente con dolor, a este equipo, en el que ha delegado su derecho a la épica.

Crónica de un partido

Cuando Pujol corre, se para, hace caer al defensa que le marca, salta para evitar la subterránea tarascada, centra sobre puerta con una precisión que sólo puede provenir de una pasión que enrojece la punta de su bota, el público está plenamente colmado. Hay jugadores que encarnan perfectamente una determinada parcela de las necesidades mitológicas del público. Pujol es honrado (**Aquest sí que va de cara a la barraca**—Este sí que va directo a marcar gol—), Pujol es trabajador (**No dona mai una pilota per perduda**—No da nunca una pelota por perdida—), es sencillo, modesto e inspirado. También como **La Ventafocs** (Cenicenta) ha tenido que sufrir humillaciones sin cuento antes de que el príncipe lo emancipara. De Pujol, un técnico azulgrana llegó a decir: **Es una invención de la prensa**. Además resulta que el príncipe liberador de Pujol ha sido el propio público. Ha sido la presión de la opinión la que ha obligado a la repesca de Pujol del Sabadell. De ahí que el público vea en Pujol una afortunada inversión de afecto. Y este partido lo protagoniza Pujol, que se zafa una y otra vez (para decirlo en lenguaje periodístico especializado) del marcaje alternante de Igartua, Zugazaga y Estéfano. No importa que Marcial esté realizando su mejor partido de la temporada, ni que Reixach se autolimita lo suficiente como para no perder la pelota tras el tercer regate, ni que Reina se lance en palomitas poéticas a parar pelotas que Sadurní detendría levantando un dedo. El héroe preestablecido es Pujol, como en la temporada anterior lo era Gallego. Y nos atreveríamos a decir que Pujol es representativo de la imagen que el catalán medio se forja de sí mismo y que pocos ju-

BARÇA! BARÇA! BARÇA!

gadores llegan a alcanzar esta plenitud representativa: Samitier, Sancho, Escolá, Basora, Gonzalvo III, Biosca, Ramallets, Segarra, Olivella, agotarían prontamente la lista.

Y de los pies de Pujol llega casi la victoria. Marca un gol, facilita otro a Reixach y, aunque ausente del gol que marca Zaldúa, también estaba allí, muy cerca, por si acaso. Este público es un público duro. Tal vez sea el público de España más crítico con su propio equipo, y sus entusiasmos sólo acompañan las victorias más decantadas. El Barça va ganando al Bilbao por 3 a 0; los gritos de Barça, Barça, Barça! crearon como una espuma aplastante que sirve de techumbre al más hermoso estadio de España.

Pero, de pronto, la inspiración poética de Reina parece haber cesado. Le han magullado las piernas y no hay duda de que la inspiración poética de un futbolista nace en las células de sus pantorrillas. Y esto se contagia. Se le contagia a Torres, a Gallego, al propio Eladio, hasta ahora el defensa más seguro de la presente Liga. El Bilbao marca dos goles. Tres a dos. El talante del público ya ha cambiado nuevamente. El equipo vuelve a dolerle, vuelve a ser...

**esta mi pobre,
sucía, triste, desgraciada patria.**

Y cuando el árbitro pita el final un minuto después, se descompone el gesto de la expectación y los cuerpos relajados protagonizan la odisea de la salida, los comentarios vuelven a recoger la ambivalencia de la fiesta. Sí, pero no. Marcial ha estado muy bien. Marcial es un paquete. Gallego vuelve a estar en forma. Gallego es un colador. Fusté, muy bien. A Fusté que le jubilen. Reina lo para todo. Reina siempre ha puesto nervioso a Gallego. Sólo Pujol está fuera de discusión. Pujol. ¡Pujolet! El encarna mejor que nadie la tipología del jugador que el público del Barça quiere. El público siempre se ha mostrado reservón ante jugadores de clase que no unieran a esta cualidad el requisito indispensable de la combatividad. El caso Suárez fue una demostración. Sin duda el mejor jugador español desde los tiempos de Samitier, y, sin embargo, nunca contó con un público incondicional como Kubala o Pujol. Eran sus maneras unas maneras que el público no compartía, como no compartió posteriormente las de Pereda, jugador de temperamento similar, y como muy probablemente no tarde en disentir del estar-en-el campo de Marcial. Este público admira más las buenas intenciones que los logros, y es muy capaz de redimir las torpezas bien intencionadas del incansable Zaldúa, pero no la pelota que perdía Suárez por no correr, o al menos por no hacer el amago de correr. Un análisis del lenguaje convencional empleado por el público daría una traduc-



*Pujol, Pujolet.
La perfecta
encarnación
del jugador
que el público quiere.*

ción exacta de lo que espera de un jugador: «sudar la camiseta», el mejor elogio; «gandules», el más rápido y peor insulto; «a pico y pala los pondría yo», un deseo; «juegan cuando quieren», una acusación... Cincuenta y cinco mil socios respaldan esta manera de ver las cosas, aunque hay dos sectores bien delimitados y definidos en el momento de expresarlas: el público de tribuna, correcto, adinerado a secas o muy adinerado, educado en la parsimonia contemplativa de un partido de tenis; y el público del resto del campo, caústico, agresivo, emocionado, básicamente popular. Un público social, como diría un joven católico progresista de nuevo cuño.

**«Joan Martínez
Gonsales»**

Elasticos blaus subjectats amb
porta el meu enamorat.

Tirantes azules sujetos con
candado lleva mi enamorado, cantaban las cupletistas de la época cuando el fútbol en Barcelona empezaba a ser un deporte de cierta multitud. Vilá Reyes, no hace mucho, se quejaba de la identidad entre la ciudad y el Barça, equipo que, al fin y al cabo, había fundado un suizo y tenido como primer presidente a un inglés. Y, sin embargo, esa identidad es exacta. Gamper es uno de los mitos de la Cataluña actual, no tanto por haber fundado el Barça como por representar como nadie la estampa del inmigrado que se arraiga en lo más hondo del país. Tomás Acarreta, profesor de la Escuela de Periodismo, nos contaba una anécdota ocurrida en los tiempos en que las anécdotas políticas eran legales. Hubo una manifestación catalanista durante la Dictadura, y al frente de la misma marchaba un mocetón encorajinado, portador de bandera, vociferador, impresionante. Fue aislado por la fuerza pública y detenido. Cuando el comisario le preguntó su nombre contestó Joan Martínez Gonsales. ¿Natural?, de Lorca (Murcia). El poder de asimilación del país es extremo. Este es un país lleno de trampas sentimentales, en las que cayó Juan Gamper, cuya catalanidad nadie podía discutir ya en los años veinte. El Barça fue ante todo un pasatiempo de extranjeros y algún catalán de la órbita amistosa de Gamper. Primero jugaba en campos improvisados, a los que incluso había que llevar a cuestras los palos de las porterías. Gamper había

sido el fundador del Zurich y empezó a jugar en Barcelona por los descampados y solares urbanos. Una vez constituido el club en 1899 se jugaron: ¡tres partidos!, y en 1900 el número de espectadores ya era milenario. El crecimiento posterior del Barça, sus gestas, pertenecen a la cultura deportiva del país y, por lo tanto, son tema de revista especializada. En este reportaje, que busca clarificar qué hay detrás de ese triple grito: Barça, Barça, Barça!, nos basta la levedad del dato que subraya una mínima evolución histórica. El club fue creciendo hasta un punto culminante: 1924. Entonces contaba 12.000 socios. Curiosamente, la etapa de máxima politización del país (1931-1939) señala el descenso de socios activos: de 9.000, en 1931, a 3.500, en 1939. Y desde este fondo de pozo hasta los 55.000 socios actuales han pasado treinta años de crecimiento constante, a pesar de las alternancias de época de derrota con época de victoria. El público del Real Madrid ha experimentado más alegrías que tristezas en estos últimos quince años. En cambio, el Barça posterior al de las **Cinco Copas**, el Barça posterior al esplendor de Basora, César, Kubala, Moreno y Manchón ha dado más de arena que de cal. Pero la fidelidad del público ha sido constante, porque el público era consciente de lo que representaba el club mucho antes de que esa conciencia la manifestara públicamente Narciso de Carreras; el público era consciente desde el primer momento en que fue necesario salvar los restos del naufragio. Un presidente del Barça, José Sunyel Barriga, murió en el frente del Jarama. Un equipo del Barça hizo una jira americana en 1937, una jira que se instrumentó políticamente y que dio lugar a una serie de escaramuzas a lo James Bond para que los jugadores no volvieran a la zona republicana, sino a la otra. Muchos jugadores se quedaron en América; otros, como Balmanya, se quedaron en Francia. Otros volvieron a Barcelona. El equipo permaneció relativamente en activo durante toda la guerra civil; en cambio, el Español fue prohibido y sus locales clausurados. ¿Es de extrañar que al acabar la guerra no faltaran maniobras para que el Barça desapareciera? Sin embargo, la bomba emotiva de efecto retardado que podía representar la supresión del club no estalló y el Barça reanudó sus actividades en 1940, bajo la presidencia, fónicamente tan extraña, del excelentísimo señor marqués de la Mesa de Asta. Aquel salvamento contó con la participación, un poco en sordina, de los «catalanes de Burgos», de los catalanes que habían estado en Burgos con los pies o con las intenciones.

Y de 1940 a 1942 el público dio una respuesta clara al planteamiento de la cuestión: de 3.000 socios se pasaron a 12.000. Primero resul-



Gonzalvo III: Un hombre de la época de los trofeos.



Ramallets: El campeonato de Río consolidó su nombre.



Suárez: Un superclase que no cuajó en el público.

tó imposible recuperar a la mayor parte de jugadores voluntariamente o no exiliados, entre otras cosas por la prohibición oficial de hacerlo. Cuando se levantó la prohibición se recuperó a alguno, el propio Balmanya, pero su carrera deportiva ya estaba casi vencida. El Barça empezaba a proporcionar las escasas alegrías cívicas al alcance del público catalán. El triunfo en las Ligas de 1945, 1946 y 1949 dieron lugar a sendas manifestaciones públicas de barcelonismo, en especial el de 1949, año de las Bodas de Oro del club. Y lo más grande aún estaba por venir. Lo más grande serían las dos temporadas de las **Cinco Copas**, dirigido al equipo por Dauic, y dirigido el festival futbolístico por el gran Ladislao. Sobre las evoluciones mágicas del gran Ladislao se concentraba la atención entusiasmada del público del viejo campo de Las Corts, de un público que soportaba «avalanchas», cortes de digestión y tempestades familiares para justificar la laguna de la patria y potestad de un domingo por la tarde. Junto al mito del jugador «de casa», trabajador y honrado como Pujol, el barcelonista también ha cultivado el del exótico jugador extranjero, cuyo extraño perfume de ser de otro mundo parece hipnotizar a las gradas. Platko, el húngaro portero sucesor de Zamora, no sólo había hipnotizado a las gradas, sino al mismísimo Rafael Alberti que, en 1928, escribió un poema sobre él, que lleva la dedicatoria: **A José Samitier, capitán:**

**Nadie se olvida Platko,
no, nadie, nadie, nadie,
ese rubio de Hungría.**

Así describió el surrealista Alberti de los años veinte un partido entre el Barça y...

**Camisetas azules y blancas,
[sobre el aire,
camisetas reales,
contrarias, contra tí, volando y
[arrastrándose,
Platko, Platko, lejano,
rubio Platko tronchado...**

Y más adelante la epopeya barcelonista llega a tener incluso los colores tradicionales...

**Volvió su espalda al cielo.
Camisetas azules y granas fleapagadas, sin viento. [mearon,**

Pero, según Alberti, la cosa pudo remontarse, y finalmente...

**Azul heroico y grana,
mandó el aire en las venas.
Alas, alas celestes y blancas,
[rotas alas,
combatidas, sin plumas, encala-
[ron la yerba.**

**¡Y todo por tí, Platko,
rubio Platko de Hungría!**

El Kubala de los años cincuenta hubiera merecido su Alberti. Pero los Alberti de la época estaban muy preocupados buscando los sinónimos de la palabra libertad, elípticos sinónimos que pudieran rimar con las palabras calle o pueblo, imposibles sinónimos.

Pan y fútbol

Es muy probable que la fórmula «pan y circo» tuviera como heredera, entre nosotros, la de «pan y toros», y ésta, a su vez, la de «pan y fútbol», y, finalmente, un finalmente que es hoy, «pan y televisión». Pero la fórmula «pan y fútbol» ha sido aplicada un tanto mecánicamente. Ha padecido el desdén intelectual de los que, inconscientemente, más han hecho para crear el abismo entre cultura popular y cultura de élite. Inconscientemente, los que más han hecho por ese divorcio han sido los que más predispuestos estaban moralmente a evitarlo. El fútbol ha sido el derecho a la épica, ejercido a tontas y locas por el pueblo. Ha sido, y es, un instrumento de desviación de la agresividad colectiva hacia un cauce no político. Pero también ha servido, juzgado desde otra perspectiva, como válvula de escape de las frustraciones del hombre de la calle y, por lo tanto, ha cumplido un papel higiénico sobre lo prenatal, conciencia social del país. E incluso, en casos como el Barcelona, el fútbol ha conseguido efectos completamente contrarios a los propósitos. Hay una irritabilidad a flor de piel en todo seguidor barcelonista, una irritabilidad que se concreta de pronto en eczemas, producidos, por ejemplo, por el caso Di Stéfano, por las declaraciones de Bernabéu sobre una supuesta Cataluña paradisíaca, despoblada de catalanes (¿y repoblada por quién?), por la prohibición de vender bebidas embotelladas cuando ni en Las Corts ni en el Nou Camp se ha practicado jamás el riesgo del botellazo rabietero, o por el caso de los paraguayos. En general, este es un público tolerante que no se ceba con el equipo visitante. Salvo una excepción, el Real Madrid. La recepción que se dispensó al Real Madrid, en la segunda vuelta de la pasada Liga, fue memorable. Una recepción que no hubiera conseguido adular ni el mismísimo Miguel Orts. Un griterío constante, sirenas de gas butano, pitos, bocinas. ¿Empecinamiento antimadrileño? Ni hablar. Es algo más profundo, que tampoco

BARÇA! BARÇA! BARÇA!



El Barcelona de los grandes tiempos: Velasco, Seguer (actual entrenador), Biosca, Segarra, Gonzalvo III, Bosch, Tejada, Basora, Kubala, César y Manchón. Ramallets no jugó en esta ocasión (un Barcelona-Valencia, en Las Corts) y Basora actuó de interior (su puesto habitual era extremo derecho).

Dr. Stefano y Kubala, en un Madrid-Barcelona, los dos más grandes de los dos grandes.

EDITORIAL TABER

Una nueva colección:

Clásicos Taber

Una selección de títulos que sorprenderán a más de uno. Los maestros según un criterio muy de nuestro tiempo.

Historia secreta de Isabel de Baviera, Reina de Francia.

Marqués de Sade



Impresiones y apuntes (1830-1871)

Víctor Hugo

Almas muertas

Nicolás Gogol

Eugenia Grandet

Honorato de Balzac

Editorial Taber/Epos S. A.

Enrique Granados, 85

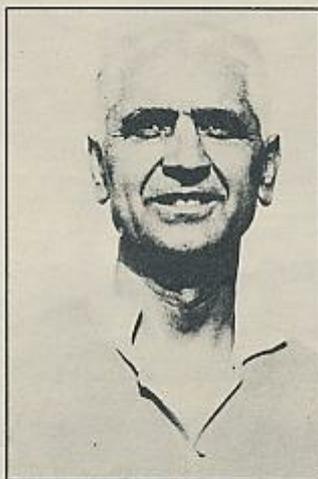
Barcelona

Distribuidora Barbará Visor Libros
Marqués de Barbará, 4 Isaac Peral, 18
Barcelona Madrid

BARÇA! BARÇA! BARÇA!



Narciso de Carreras:
«Somos los mejores».



Dauick: El entrenador
de las cinco Copas.



Platko: «Azul heroico
y grana» (Alberti).

se circunscribe a una política actual y concreta, sino que se remonta a una conciencia histórica de los males del centralismo. Habría que declarar libro de texto en todas las escuelas de España a la **Historia de Cataluña**, de Ferrán Soldevila. Tal vez entonces no hubiera sido necesario este reportaje para que el público entendiera qué hay detrás del grito **Barça, Barça, Barça!**, y tal vez, de paso, se conseguiría comprobar de una vez cuántos españoles del interior están dispuestos a dar un paso para entender qué pasa en la «periferia». Desde que Fernández Florez dejara escrito que: **Cataluña es la única metrópoli que desea independizarse de sus colonias**, la frase ha tenido tiempo de llegar a la conciencia pública del resto de España. A veces la Cultura, con mayúscula, llega al pueblo, ya sin firma de prestigio. Y no es de extrañar que el público de cualquier otra provincia española acoja al Barça con la prevención con que se puede acoger a alguien que sólo trata para vendernos algo. Existe la prevención de que Cataluña es un almacén del que periódicamente salen comandos de viajeros de comercio. Y esta prevención no es actual. A algunos viajeros de comercio catalanes esta prevención les costó la vida en 1936, cuando ser catalán era una categoría política casi tan nefasta como ser del Partido Comunista. O así lo interpretaban los incontrolados de siempre. Esos incontrolados que en el otro bando mataban a curas a base de inyectarles aire por el ano.

Y así, cuando un viejecito que ronda los ochenta, con tez campesina, ojos sin pestañas, con costras de avitaminosis, boca sin dientes, gorra parda y bufanda tejida por su no menos ochocentista compañera de moño blanco y toquilla negra, se levanta en el transcurso de un Barcelona-Real Madrid e increpa a los madridistas gritando: «¡Eso no es un equipo, eso es un Tercio!», nos atreveríamos a decir que hay que eximirle de toda responsabilidad y que ésta hay que colgarla sobre espaldas más anchas: la del conde-duque de Olivares, la primera. Y si seguimos cavando en la historia tal vez tendríamos que conceder su parte de responsabilidad al comisario San Vicente Ferrer. Y tampoco escapa a su ración de responsabilidad todo ese verbo poético-imperial de la radio y la televisión.

Los jugadores del Barça, mientras hacen doce kilómetros de «footing» a las órdenes de Seguer, son anglosajones con las piernas, pero con la cabeza y con las manos son bien catalanes. Hacen «footing», pero cogen «rovellons» (la seta más popular en Cataluña), y, de regreso al Nou Camp, asan «butifarra», «costellas de bè» y «rovellons». Al público esto le gusta, porque el perfume predilecto del país es el humo impregnado de grasa de costillas de cordero y de humedad de

seta recién arrancada. Y es que no hay duda. Esta es una institución tan importante como pueda serlo el Monasterio de Montserrat, el Omnium Cultural, el Institut d'Estudis Catalans o L'Orfeo Graçenc:

«Debemos luchar contra todo y contra todos porque somos los mejores y representamos lo que representamos».

Hasta estas frases yo no sabía muy bien qué representaba el señor De Carreras. Antes de la guerra se presentaba a diputado por la Lliga; era secretario de Cambó. Después de la guerra ha sido el representante supremo en Cataluña del Instituto de Cultura Hispánica, y en la actualidad es procurador en Cortes por el tercio familiar de Gerona. Es un procurador tranquilo; muy político, dirían elogiosamente los que siguen creyendo que la política es el arte de la mesura, cuanto más silenciosa mejor, más mesura. No es un «empenyador» (más o menos traducible por **incordiador**) como Eduardo Tarragona. Tal vez la mesura del señor De Carreras, sorprendentemente truncada por sus vibrantes declaraciones, proceda del riesgo y oficio de conducir una asociación legal de más de cincuenta y cinco mil militantes. Los dirigentes del Barça siempre han tendido a ser gentes de orden, como el propio gerente, señor Gich Bech de Careda, distinguido ex funcionario del Ministerio de Educación Nacional, que tomó parte activa en la terapéutica de la epidemia revolucionaria de la Universidad de Barcelona, cuando se declaró la cuarentena del Paraninfo en el curso 1956-1957.

Y es que representar, en plan de vanguardia dirigente, a un símbolo tan multitudinario y abstracto como es el Barça requiere un tirallanas de precisión. ¡Una institución que incluso consigue que los mudos hablen! Porque poco antes de que Pujol, Pujollet, protagonizara el partido Barcelona-Bilbao, en el palco presidencial le fue impuesta una medalla del club a un joven sordomudo de la provincia. Un buen día, en el transcurso de la final de Copa 1968, Barcelona-Real Madrid, cuando la victoria barcelonista se confirmaba, el joven sordomudo se levantó emocionado y gritó: «¡Visca el Barça!». Ni había hablado antes ni volvió a hablar después. Nadie sabe, y tal vez nadie lo sabrá nunca, por qué mecanismos de defensa llegó aquel grito a aquellas paralizadas cuerdas vocales. Qué río oculto provocó la maravilla de la palabra en el desierto de silencio de un joven catalán. Aunque yo sospecho que en parte los causantes fueron motivos que he dejado implícitos o explícitos en este reportaje. Motivos que también provocan el que un público tan sordomudo, tan voluntariamente sordomudo, grite de vez en cuando: ¡Barça, Barça, Barça! ■ M. V. M.

(Fotos: CIFRA y archivo TRIUNFO.)